

de Melgar, hombre á propósito para conciliar los ánimos que andaban algo alterados con los excesos que la tropa cometía, y se recibieron de Italia cuantiosos donativos para la guerra.

Tuvo á poco de esto el rey Carlos II la desgracia y la pena de perder á su amada esposa María Luisa de Orleans (12 de febrero, 1689), víctima en pocos días de una enfermedad aguda (1). La circunstancia de no haber tenido sucesión, falta que en general se achacaba mas al rey que á la reina, hizo mas sensible su muerte á los españoles, porque sabían la esperanza que en ello fundaba el francés de heredar el trono de Castilla (2). Entre sus papeles reservados se afirma haberse hallado uno escrito en francés, y que parecía ser del rey su tío, en el cual la exhortaba á que, pues la Providencia en su altísima sabiduría no había querido darle sucesión, no apartara su corazón y su afecto de la patria en que había recibido el sér, y á que procurara aprovecharse del puesto que ocupaba para «sembrar, cultivar y establecer las ventajas de la Francia;» dábale consejos y lecciones de cómo había de conducirse con su esposo, y la instruía de cómo había de tratar á cada uno de los personajes que manejaban los negocios del gobierno y de palacio, lo cual da en mucha parte la clave de la conducta de aquella reina (3).

(1) Tenemos á la vista copia de su testamento otorgado el propio día por don Manuel de Lira, como notario mayor de los reinos.

No ha faltado quien atribuya á envenenamiento la muerte de esta princesa. Así lo indica el marqués de Louville en sus *Memorias secretas*. El de Lafayette, en las suyas, no solo lo afirma, sino que añade haberlo sido por orden del *Consejo de España*. Pero ni estos escritores presentan, ni nosotros hemos hallado, ni creemos se encuentren, documentos ni datos que autoricen á tener por cierto, ni aun por verosímil, semejante crimen, y para tener derecho á que se crean cargos tan graves se necesita algo mas que acusaciones vagas.

(2) Cantaba ya el pueblo una copla que decía:

Si parís, parís á España;
Si no parís, á París.

(3) Sentimos no poder insertar íntegro, por su mucha extensión, este interesante documento. Pero no podemos dejar de transcribir algunos de sus mas curiosos períodos.

Después de advertirla cómo había de sacar provecho del natural temperamento y costumbres del rey, le decía: «No menor oportunidad para intentos grandes hallareis en la inaplicación del rey á los negocios: llamada esta fortuna vuestra, pero no culpa suya... Crecido entre melindrosas delicadezas de mujeres; doctrinado de un maestro que en las escuelas y tribunales había estudiado solo cuestiones cavilosas y formalidades impertinentes, ¿cómo podía en tal fragua forjarse aquella vigorosa fuerza de espíritu que pide para ser bien sostenido el peso de la gobernación? Servios de este error para vuestros aciertos... etc.

»Entiendo con mucho placer mio que ya en ese palacio se hallan bien establecidos los estilos y bien recibidas las modas francesas... De esto os deberá eterna gratitud la Francia, pues por solo complaceros han abrazado anticipadamente los españoles (depueta ya su obstinación antigua) en nuestro traje y nuestro idioma los principios de nuestra dominación...

»Con la reina madre conviene mantener una correspondencia independiente entre los dos extremos de queja y confianza; en uno y otro hay peligro... Del conde de Oropesa servios, pero no os fieis. Haced vos, Madama, el milagro que ha menester el conde para mantenerse en el valimiento, pero no le permitais que se desvie de la presidencia: fácil será persuadirle á que le sobran fuerzas para todo, y á que la presidencia es el velo que preserva al rey el escrúpulo encubriendo la privanza... Ciertos de que si hubiese tenido parte en el execrable atentado del de Orange ha concitado contra sí justa é implacable la ira de Dios... vuelvo á suplicaros que le mantengais, y nada podeis hacer por la Francia que le importe mas y que le esté mejor.

»Al confesor del rey tratadle con estimación, pues por su estado se le debe, y entiendo que él tambien lo merece por su doctrina, virtud y modestia; valeos de él para afianzar la mejor satisfacción del rey, condoliéndos de sus descuidos, y para disponer la vuestra en lo que hubiereis insinuado y viereis que se dilata...

»En don Manuel de Lira podeis estar segura de que no se malogre nuestro favor, ni se aventure vuestra confianza: él es hombre de grande alma, noble entendimiento, bizarros espíritus, y condición generosa; sabe lo que os debe, y si no pierde su ser, no puede ser ingrato; nada antepone á vuestro gusto sino su honra; él se conoce superior á su esfera... Divisando Oropesa los quilates de Lira, no quisiera verle tan cerca del rey, y deseara un hombre que contentándose con ser secretario, y haciendo blason de su criatura le tributase inalterable obediencia... no lo

El deseo de tener sucesión movió á Carlos á pensar al instante en tomar nueva esposa; bien que no sintiendo inclinación á ninguna, después de algunas gestiones mal conducidas por el obispo de Avila con la princesa de Portugal, dejó la elección al emperador su tío, el cual por consejo de la emperatriz le designó á la hija del Elector Palatino María Ana de Neuburg, hermana suya. No puso Carlos dificultad, y llevóse á cabo el matrimonio, en verdad no para bien del rey ni del reino. Porque sobre haber enviado á España una reina impetuosa y altiva, ambiciosa de mando y avara de dinero, aquel nuevo lazo de unión entre las dos familias reinantes de la casa de Austria en la situación en que nos encontrábamos con el francés, avivó la enemiga de Luis XIV, y le dió nuevo motivo, si él lo necesitara, para apresurarse á declararnos la guerra (marzo, 1689). Correspondióle á su vez la Dieta de Ratisbona proclamándole enemigo del imperio por las repetidas infracciones de los tratados de Munster y de Nimega, y enemigo además de los príncipes cristianos por el favor que contra ellos daba al turco y á los rebeldes de Hungría, digno por tanto de que todos se unieran para vengarse de él.

Abrió pues el monarca francés la campaña contra todos los confederados (mayo, 1689), con aquella confianza que le daban sus anteriores triunfos, en Flandes, en Cataluña y en Italia. Pocos progresos hizo aquel año el mariscal de Humieres en Flandes. Mandaba las tropas holandesas el príncipe de Waldeck, las españolas el de Vaudemont, junto con el gobernador de los Países Bajos españoles, marqués de Gastañaga. Hubo algunos combates, pero sin resultado decisivo. Mas afortunado en la campaña siguiente el mariscal de Luxemburg, ganó la famosa batalla de Fleurus (1.º de julio, 1690) contra holandeses y españoles, en que los aliados tuvieron seis mil muertos y multitud de heridos, y dejaron en poder del enemigo ocho mil prisioneros, cuarenta y nueve cañones, doscientos estandartes y doscientos carros de municiones de guerra. No fué menor la pérdida del francés, porque la caballería y la infantería de los confederados había hecho prodigios de valor, pero quedó dueño del campo, y los nuestros se retiraron á Bruselas. Unos y otros se reforzaron después; los aliados con las tropas del Elector de Brandeburg, que tomó el mando de todas como generalísimo; los franceses con los refuerzos que les enviaron el mariscal de Humieres y el

permitais vos... Péssame de no poder suplicaros animeis con vuestra autoridad é ingenio los medios que no faltan á Lira para la opresión del conde, porque ya os he propuesto la importancia de que se mantenga, y porque no me atrevo á medir las líneas de Lira, pues animado de vos nada le parecería temeridad...

»En el Consejo de Estado, ya veis que no hay quien pueda servir ni embarazar vuestros designios, pero no es poco lo que adelanta los nuestros la flaqueza y desautoridad á que ha declinado un Consejo que era y debiera ser el primer móvil del orbe de esa monarquía... No faltan en ese Consejo de España hombres de largas y varias experiencias, de profundo discurso, de seguro juicio, de fundadas noticias y de conocimiento práctico de países, negocios é intereses, ¿pero qué artifice no se desalienta y atrasa los compases, si al medir las líneas de los designios halla imposibles las ejecuciones...?

»Don Pedro de Aragon, como siempre, aunque mejorado con la disculpa que le dan sus achaques. Osuna, convaleciente de sus accidentes, y templando los sinsabores de su casa con el gusto de su Castilla. Otros entregados á las reglas de vivir mas, y algunos á las de morir mejor. Demos el parabien, Madama, de mirar en este estado el Consejo de Estado de España...

»Procurad cuidadosamente que en los cuatro puestos principales de Italia no se haga novedad (y da la razon de lo que ganaría la Francia en hallar aquellos dominios «desabrigados de capitanes, y fácilmente movidos los ánimos de aquellos súbditos»)...

»En Balbases hallareis habilidad y buen genio para cultivar el fruto de vuestras intenciones... pero tened presente al honrarle que á su predecesor costaron la vida las desconfinanzas por la correspondencia con Rocheli (debe ser Richelieu)...

Sigue aconsejándole que procure estar siempre bien informada de lo que pasa en la cámara y gabinetes del rey, y concluye: «Retirad este papel á vuestro mas sellado secreto; vivid para vos y para vuestra Francia; mirad que en España no os aman, y no os temen; que en los corazones flacos se introducen con facilidad las sospechas, y que no son menester fuerzas para una crueldad.»—MS. de la Biblioteca Nacional, H. II, folio 125.—Si acaso el documento no fuese auténtico, al menos fué escrito por persona entendida y conocedora de ambas cortes.

marqués de Boufflers. Pero ni unos ni otros se atrevieron á venir á las manos en el resto de aquel año, aunque algunas veces llegaron á ponerse en órden de batalla, contentándose con exigir contribuciones, tomar ó demoler alguna fortaleza, destruir esclusas ó incendiar pueblos.

Indudablemente Luis XIV llevaba gran ventaja á todos los príncipes en la actividad, en la maña y en el sigilo con que lo preparaba y lo conducía todo. Tenía además por ministro de la Guerra á Louvois, el hombre mas activo que se ha conocido jamás. Así fué que á principios del año siguiente (1691) cuando Guillermo de Orange, ya rey de Inglaterra, se encontraba en la Haya, donde vino á animar á los confederados ofreciéndoles el auxilio del poder inglés, y á acordar con ellos el plan de campaña contra Luis XIV; y cuando en sus conferencias celebraban ya anticipadamente sus triunfos, quedáronse todos absortos al ver aparecer un ejército de cien mil hombres delante de Mons, plaza de primer órden de Europa, descuidado como el que mas el príncipe de Berghes su gobernador, que la guarnecía con unos seis mil, la mayor parte españoles. Aun no creía nadie que fuera su ánimo poner sitio formal á plaza tan fuerte, pero las operaciones que fueron viendo los desengañaron, y tanto fué lo que apretaron el cerco, y tan reciamente atacaron la plaza, todo á presencia de Luis XIV que lo inspeccionaba y dirigía con no poco riesgo de su persona, y tantas las bombas que arrojaron sobre la ciudad incendiándola en su mayor parte, y tanta la gente que allegó el monarca francés para impedir que la socorriera el de Orange, que á pesar de la gloriosa defensa que hicieron casi exclusivamente los españoles renovando la fama proverbial de los antiguos tercios, la plaza tuvo que rendirse con capitulación honrosa (8 de abril, 1691), y entró en ella el rey Luis, y la dejó guarnecida con cuatro mil caballos y diez mil infantes.

De esta importantísima pérdida cupo mucha culpa á nuestro gobernador de Flandes, marqués de Gastañaga, hombre de mas vanidad que talento, y mas dado á hacer alardes de riqueza y de lujo que á buscar recursos de guerra y dirigir soldados: el cual con imprudente ligereza había asegurado al rey Guillermo que no había cuidado alguno por Mons, que la defendían doce mil hombres, y sobraban medios para sostener un largo sitio. Irritóse mucho el rey de Inglaterra cuando supo el engaño, y así se lo escribió á Carlos II; pero sostenía á Gastañaga en Madrid don Manuel de Lira, confidente de la reina. Sin embargo, cada vez mas irritado el de Orange, volvió á escribir á Carlos en términos tan fuertes, que costó al de Lira ser separado de su puesto, y no tardó, como á su tiempo veremos, en morir de pesadumbre. En cuanto al rey Guillermo, fué y vino diferentes veces de Inglaterra á Flandes, mas aunque no dejaba de animar con su presencia las operaciones de la campaña, ni impidió que el mariscal de Luxemburg se apoderara de Hall (junio, 1691), ni aunque llegó á juntar un ejército de cincuenta y seis mil hombres, hizo otra cosa en el resto del verano y otoño que reforzar algunas plazas, impedir los progresos de los franceses, y volverse á Londres dejando el mando de las tropas al príncipe de Waldeck (1).

Menos de gloriosa que de feroz tuvo la campaña del ejército francés que operaba en el Rhin. Mientras le mandó el brutal Melac, redujose á expediciones vandálicas, repugnantes, y hasta sacrílegas, puesto que la rapacidad insaciable del soldado no perdonó por ir en busca del oro ni aun los sepulcros de los Electores, cuyas cenizas fueron arrojadas al viento con atroz barbarie. Los pueblos que ó no querían ó no podían pagar las contribuciones que les imponía el francés, eran reducidos á cenizas: de estos se contaron mas de cincuenta. El delfín, que pasó después á mandar aquel ejército, tuvo el mérito de defenderse de cincuenta mil alemanes, divididos en tres cuerpos, que guiaban el Elector de Baviera, el de Brandeburg y Dumenvald.

Tambien en Italia peleó el francés contra nuestro aliado el

(1) Memorias para la vida militar de Luis XIV.—Colección de cartas para ilustrar la historia militar de su reinado.—Campañas de Luis el Grande en Flandes.—Historia de las Provincias Unidas.—Gacetas de Madrid de 1690 y 91.

duque de Saboya. Por cierto que aun suponía el duque á Luis XIV ignorante de que hubiera entrado en la liga con España, aun lo creía un secreto, cuando se vió sorprendido por el mariscal de Catinat que de improviso penetró en el Piamonte con doce mil hombres, antes que hubiera podido recibir socorros del Imperio ni de España. Llegaronle después cuatro mil alemanes al mando del príncipe Eugenio, y un buen-trozo de españoles enviados por el conde de Fuensalida, gobernador del Milanés. Mas no impidió esto que los franceses se apoderaran de Chambery, Annecy, Rumilli y otras ciudades de Saboya. En Staffarde hubo una famosa acción, mandada por el mismo duque de Saboya, y en la cual quedó de todo punto derrotado el ejército aliado, no obstante estar defendida la primera línea por dragones de Saboya, de España y del príncipe Eugenio (julio, 1691). De sus resultas abrió sus puertas á Catinat la ciudad de Saluzzo. Otro tanto hicieron Carignan y Carmagnole. Susa fué atacada y rendida; y á pesar de los socorros que el duque continuó recibiendo de Austria y de España, perdió toda la Saboya, á excepcion de Montmeillan (noviembre y diciembre, 1691).

No iba siendo mas afortunada la campaña del año siguiente para el saboyano. Porque los mariscales franceses Catinat y Fouquieres, que se habían ido haciendo dueños de Pignerol, de Savillano, de Villafranca, de Niza, de Luserna y de otras muchas poblaciones de los Estados Sardinios, parecía amenazar á Turin. En vista de esto tentó el de Saboya entrar en tratos de paz con Francia, mas como quiera que observasen los franceses que no obraba de buena fe, continuaron sus conquistas, y solo sufrieron un fuerte descalabro en Coni. Al fin llegó el duque de Baviera con un refuerzo de trece mil veteranos alemanes, y con este socorro y los que recibió de España, reunió el saboyano un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, que dividió en tres cuerpos; fuerzas ya muy superiores á las que tenía Catinat. Así pudieron los aliados recobrar á Saluzzo, Savillano y Carmagnole, donde un tercio de españoles al tomar un reduto asombró por su arrojo y temeridad á los franceses (setiembre, 1691). En cambio Catinat puso fin á la campaña de aquel año con la toma de Montmeillan, la plaza, al decir de algunos, mas fuerte de toda Europa. Con esto los españoles se volvieron al Milanésado, los piamonteses á su país, y los demás al Montferrato. Luis XIV, que quedaba dueño de la Saboya, propuso al duque que si se apartaba de la confederación con España y el Imperio le restituiría las plazas conquistadas, reteniéndolas solo hasta la paz general. El saboyano sospechó en esta proposición algun artificio, y respondió con firmeza que estaba resuelto á no separarse de sus aliados. Con esta respuesta pasaron unos y otros el invierno preparándose para otra campaña.

Pero vengamos ya á nuestra propia península, donde mas, ó por lo menos tanto como en los dominios españoles de fuera, volvió á arder la antigua lucha con Francia. Al mismo tiempo que se había dirigido el mariscal de Luxemburg á los Países Bajos, fué destinado á traer la guerra á Cataluña el duque de Noailles (mayo, 1689), cuando este país se hallaba todavía interiormente mas agitado que tranquilo por efecto de los choques entre paisanos y soldados, antiguos ya, pero renovados recientemente en esta desgraciada provincia por la cuestión de los alojamientos y otras infracciones de fueros de que se quejaban los naturales. En tal estado vino el de Noailles y se puso sobre la plaza de Camprodon, que tomó en pocos días (23 de mayo, 1689), acaso porque los paisanos y miqueletes resentidos del gobierno no le dieron oportuna asistencia. El gobernador del castillo don Diego Rodado, que le rindió temeroso de que la guarnición se le rebelara, fué acusado de traición, tal vez no con justicia, y ahorcado en la plaza de Barcelona. Era entonces virey de Cataluña el duque de Villahermosa. El Principado levantó gente como en tales casos acostumbraba: y mientras el intrépido capitán don José Agulló bloqueaba la villa, bien que sin poder sostener el bloqueo por el fuego que le hacían del castillo, llegaron refuerzos de tropas enviados de la corte al mando del marqués de Confians. Fuerte ya de mas de diez y seis mil hombres el ejército de Cataluña, se resolvió recobrar á Camprodon, y se puso á la plaza formal asedio. A socorrerla acudió el de Noailles, mas

no pudo lograrlo. Después de algunas acciones sangrientas sostenidas por nuestras tropas, ya contra el general francés, ya contra los de la plaza, la abandonó el gobernador (25 de agosto, 1689), haciendo antes volar por medio de minas las dos fortalezas, y habiendo perdido los franceses durante el sitio sobre dos mil hombres.

Con la retirada de Noailles hubiera quedado Cataluña un tanto tranquila, y mas estando como estaban contentos los barceloneses con haberles concedido el rey el privilegio por ellos tan apetecido de poderse cubrir sus consellers delante de los príncipes, á no haber continuado las refriegas y combates entre paisanos y soldados, que algo por fin se calmaron con el castigo de algunos sediciosos. El mariscal francés se limitó al año siguiente (1690) á arrojar de las montañas las partidas de miqueletes que le incomodaban; á construir un reducto para su defensa en la que domina las que hay entre Camprodon y el Ampurdan, y á apoderarse de San Juan de las Abadesas, de Ripoll, y de algunos otros puntos fortificados. No se creyó con bastantes fuerzas para sitiar á Gerona, y se corrió al llano de Vich para mantener sus tropas á costa de los catalanes, volviéndose al cabo de algun tiempo al Rosellon, no sin dejar algunas tropas en Prades y Puigcerdá.

Atribuian los catalanes al duque de Villahermosa los males del país y la flojedad con que se hacia la guerra. La corte parece halló fundadas sus quejas y clamores, puesto que envió para reemplazarle en el vireinato al duque de Medinasidonia. Llegó el nuevo virey en ocasion que los franceses sitiaban á Urgel. Todo lo que hizo, y en verdad que tenia gente para mas, fué amagar con socorro, pero intimidóle el de Noailles, y se volvió pronto á Vich de donde habia salido. Así, por mas que la defendió con bravura don José Agulló que la guarnecía, Urgel tuvo que rendirse al francés, quedando prisionera de guerra toda la guarnicion (12 de junio, 1691), y siendo en su consecuencia trasportados al Languedoc novecientos hombres de tropa, ciento treinta y seis oficiales, y mil doscientos paisanos. Con este triunfo un cuerpo de tropas francesas se atrevió á penetrar hasta las cercanias de Barcelona, mientras Noailles con otro se fortificaba en Bellver para observar los movimientos del enemigo. El duque de Medinasidonia no se mostró mas guerrero ni manifestó mas deseos de dar batallas que su antecesor el de Villahermosa, y eso que de Aragon le fueron enviados refuerzos, con los cuales reunia un ejército bastante superior al francés.

Por este mismo tiempo una escuadra francesa de cuarenta velas, mandada por el conde de Estrées, se presentó en el puerto de Barcelona, y bombardeó la ciudad por espacio de dos dias, aunque con poco daño. Después se hizo á la vela para Alicante con ánimo de bombardearla tambien, si el tiempo lo permitia: arrojó en efecto sobre la ciudad multitud de bombas, hasta que se avistó la flota de España que mandaba el conde de Aguilar (29 de julio, 1692). Entonces el de Estrées puso la suya en orden de batalla, pero de no querer aceptarla dió muestras huyendo luego mar adentro, disparándole algunos cañonzos la española, aunque sin poder darle alcance (1).

Tal era el estado de la guerra que la Francia sostenia en todas partes contra España y sus aliados, aparte de la que nos movia tambien en nuestras posesiones de Africa y América, excitando y ayudando á los moros y á los filibusteros, cuando ocurrió en Madrid una de aquellas novedades que en estos miserables reinados causaban siempre gran sensacion, y á las cuales se daba mucha importancia, á saber, la caída del ministro Oropesa. Apuntaremos las causas que prepararon y produjeron la caída de este ministro, en quien se habian fundado tantas esperanzas.

Las reformas que el de Oropesa habia emprendido y ejecu-

(1) Feliu de la Peña, Anales de Cataluña, lib. XXI, cap. 10 y 11.—Archivo de la ciudad de Barcelona.—Id. de la Diputación.—Ibid. Libro de las deliberaciones.—Correspondencia entre la ciudad y el rey.—En una carta, con motivo del bombardeo de los franceses, les decia, escrito de su puño: «Y podeis estar muy ciertos que no alzaré la mano en cuanto fuere de vuestro alivio en la aficcion en que os hallais, como lo experimentareis de mi paternal cariño á tan fieles y leales vasallos.»

tado en lo tocante á la hacienda y rentas del Estado, no habian dejado de ir aliviando los apuros del tesoro, y hubieran surtido mucho mejores y mas saludables efectos, á no haber dado la superintendencia de la hacienda á su primo el marqués de los Velez, hombre bondadoso sí, pero de escasísimo talento, que por lo mismo fió la direccion de todos los negocios de su cargo á un criado ó dependiente suyo llamado don Manuel García de Bustamante, sujeto dotado de cierta amenidad en el decir, pero sin ningun pudor en lo de medrar á costa de los negocios que manejaba. Este hombre, progresando en la escuela de inmoralidad que se habia abierto en tiempo del duque de Medinaceli, llevó á un punto escandaloso el tráfico en la provision de los empleos, incluso los de justicia, y aun los de la iglesia, hasta llegar á venderse las togas y las mitras como en pública almoneda. Era voz comun que se mezclaban como partícipes en este bochornoso tráfico, con no poca habilidad para hacer subir los precios de la granjeria, don Bernardino de Valdés y el marqués de Santillana, indigno de la limpieza de sus ilustres progenitores. El mas ajeno á esta clase de negocios era el marqués de los Velez; acaso tambien lo era el de Oropesa; pero no así la condesa su mujer, no poco tildada de codiciosa, y de quien llegó á sospecharse lo que casi es tan feo de decir como de hacer, que le alcanzaba una buena parte de las ganancias que en el abasto de la carne, mas cara de lo que era razon, reportaban unos negociantes llamados los Prietos. Al hablar de estos manejos y de los de Bustamante exclamaba un escritor de aquel tiempo: «Si esto se ve, se sabe, se consiente, se tolera, y por último en vez de castigarse se premia; ¿qué extraña nadie que llene Dios de calamidades á una monarquía, donde el desorden, la injusticia, la sinrazon, la tiranía, la ambicion y el robo reinan (2)?»

Ya no se contentaba Bustamante con ser rico; queria honores y posicion; y lo logró, puesto que llegó á obtener plaza en el consejo de Hacienda, y luego en el de Indias, y aun aspiraba á cosas mayores. Semejantes escándalos dieron ocasion á todo el mundo para murmurar de Oropesa, y á sus envidiosos para trabajar por derribarle. Tenia enemigos fuertes, y habia sido muy descuidado en granjearse amigos. Culpábanle del retraso que sufrían los negocios, habiendo expedientes y consultas que estaban en su poder años enteros sin despachar; y como el cargo era fundado, fuéle menester desprenderse de la presidencia de Castilla, que hasta entonces se habia empeñado en conservar, y que le embarazaba y ocupaba mucho tiempo. Dióse aquella al arzobispo de Zaragoza don Antonio Ibañez, y esto le atrajo nuevos y muy temibles enemigos. Fué el primero el confesor del rey, que lo era ya Fr. Pedro Matilla, traído por el mismo conde de Oropesa á aquel puesto, donde nunca pudo prometerse llegar: pero tuvo la candidez de inferir de unas palabras del ministro que iba á ser él el llamado á sucederle en la presidencia, resintióle el desengaño, y vengóse en indisponer al agraciado arzobispo con el de Oropesa. Uniéronse los dos con el condestable, el cardenal arzobispo de Toledo, el duque de Arcos y otros que ya eran enemigos del conde, y sobre todo con el secretario don Manuel de Lira, y todos conspiraban á hacerle caer de la gracia del soberano.

Sin repugnancia hubiera dejado el de Oropesa el ministerio á trueque de descansar libre de intrigas y de persecuciones, sin el ascendiente que sobre él ejercia la condesa su esposa, mujer altiva y soberbia, que no podia resignarse á vivir sin las consideraciones, sin el brillo, y aun sin el interés y el provecho que sabia sacar de su alta posicion. La muerte de la reina María Luisa de Orleans, y la venida de la nueva reina María Ana de Neuburg, fueron dos verdaderos contratiempos para el conde y la condesa de Oropesa. Sobre padecer la reina alemana accidentes, que en ocasiones la ponian á morir, y obligaban al rey y á toda la servidumbre á tratarla con el mas exquisito esmero y cuidado, y á no contrariarla en ninguno de sus caprichos y antojos, que eran muchos; sobre tener despierta una

(2) El autor de las *Memorias históricas* que esto dice, cita nominalmente varias de las personas á quienes se dieron de esta manera los empleos, y que produjeron especial escándalo, así en España, como en Flandes, en Italia y en las Indias.

gran codicia, y ser de un genio dominante y altanero, y á quien por lo mismo el rey, enfermo y flaco, no se atrevia nunca á disgustar, metióse de lleno en el manejo de los negocios, y púsose á la cabeza del partido que habia contra Oropesa. Y como don Manuel de Lira se adelantara á ofrecerle todo su influjo y servicios, hizole la reina su instrumento y su confidente, y destinábale para su ministro. Con este apoyo arrojó ya el de Lira la máscara del disimulo con que hasta entonces habia encubierto su odio á Oropesa, y descaradamente le injuriaba y desacreditaba. Pero sosteniale todavia la reina madre, que menospreciada por la esposa de su hijo, tenia interés en mantener al conde.

El infeliz Carlos II oia las murmuraciones y los chismes que cada uno le llevaba, y sin atreverse á romper ni con Lira ni Oropesa, ni contradecir á la reina madre ni á la reina consorte, contaba reservadamente á la una y al otro lo que el uno ó la otra en secreto le decian, haciéndose de este modo el palacio un hervidero de cuentos y de intrigas de mal género, que mas parecia casa de vecindad que morada de reyes: porque lo mismo que las reinas, y que el ministro y el secretario, obraban el confesor, y el condestable, y el presidente de Castilla, y todos los enemigos del de Oropesa. Daban armas y argumentos contra él los desgraciados sucesos de la guerra, que siempre se atribuyen al que ocupa el primer puesto en el gobierno. Pero la pérdida de Mons en Flandes, de que antes hemos dado cuenta, y la culpa que de aquel desastre se descubrió haber tenido el marqués de Gastañaga, imprudentemente defendido por don Manuel de Lira de las justas acusaciones que le hacia el rey de Inglaterra Guillermo de Orange, produjeron la separacion del de Lira antes de ver logrado su deseo de derribar á su rival. Fué, pues, relevado el de Lira de la secretaria del despacho universal, y aunque se le dió una plaza en la cámara de Indias, título, como todo el mundo, por una especie de retiro mas ó menos honroso, y no podia sobrelevar el peso de ver así burladas sus esperanzas (1).

La caída de Lira retardó algo, pero ya no bastó á detener la del ministro, y poco tiempo pudo este gozar de su triunfo. La reina, irritada con la separacion de su confidente, redobló sus esfuerzos contra Oropesa, ayudada ahora por el embajador de Alemania, y aun por el mismo emperador á quien logró interesar, además del confesor, del condestable, del presidente de Castilla y los otros personajes que antes nombramos, los cuales todos asestaron contra él sus baterías. Por encariñado que el rey estuviera, como lo estaba, con Oropesa, no pudo resistir á tantos ataques; cedió al fin, y un dia (24 de junio, 1691), le dirigió el siguiente papel escrito de su mano: «Oropesa: bien sabes que me has dicho muchas veces que para contigo no he menester cumplimientos, y así, viendo de la manera que está esto, que es como tú sabes, y que si por justos juicios de Dios y por nuestros pecados quiere castigarnos con su pérdida, que no lo espero por su infinita misericordia, por lo que te estimo y te estimaré mientras viviere no quiero que sea en tus manos; y así tú verás de la manera que ha de ser, pues nadie como tú, por tu gran juicio y amor á mi servicio, lo sabrá mejor. Y puedes creer que siempre te tendré en mi memoria, para todo lo que fuese mayor satisfaccion tuya y de tu familia. Y así verás si ahora te se ofrece algo para que lo experimentes de mi dignidad y afecto á tu persona.—Yo el rey.»

Cuando Oropesa se presentó á su soberano, y después de algunas reflexiones le manifestó que el único medio para que no se perdiera en sus manos la monarquía era que le concediera el permiso para retirarse, le dijo el rey: *Eso quieren, y es preciso que yo me conforme.* Entonces se echaron mutuamente los brazos, y se despidieron tiernamente. A los dos dias salió el de Oropesa de la corte para la Puebla de Montalvan, lugar de su cuñado el duque de Uceda. El pueblo, amigo siempre de novedades, se alegró de la salida del ministro, á quien por entonces se echaban las culpas de todas las desgra-

(1) Papel que escribió al rey don Manuel de Lira por mano de don Juan de Angulo, en que se despide de la asistencia del despacho universal. En el Semanario Erudito de Valladares, tom. XIV.

cias y de todo lo malo que sucedia. Cuatro dias después de la retirada del conde hizo el rey consejeros de Estado á los duques del Infantado y de Montalto, á los marqueses de Villafraña y de Burgomaine, á los condes de Melgar y de Frigilliana y á don Pedro Ronquillo, conde de Granedo y embajador de Inglaterra (2).

Formábanse diversos cálculos y juicios acerca del futuro gobierno, lo mismo que antes sucedió cuando cayó del ministerio y de la privanza el duque de Medinaceli. Creian unos que el rey, cansado y escarmentado de ministros y validos que tantos disgustos y tantos clamores suscitaban, se dedicaria por sí mismo á los negocios, hallándose ya en edad bastante para poderlo hacer. Sospechaban otros, que mas acostumbrado á las diversiones que al trabajo y débil de complexion como era, cuando el estado de la monarquía necesitaba mas quien con robustas fuerzas y discrecion grande remediara las desgracias y las miserias y los desórdenes que padecía, no era Carlos quien gobernando por sí fuera capaz de evitar la ruina que amenazaba, ni veian tampoco sujetos bastante hábiles, íntegros y capaces á quienes pudiera fiar la gobernacion con acierto. Unos y otros discurrían bien; porque los primeros dias se consagró el rey á los negocios con una aplicacion inesperada y casi increíble; mas no tardó en suceder al fervor el fastidio, y cayendo en el opuesto extremo de no resolver nada por sí y consultar á muchos, se abrió la puerta á un desorden mayor que todos los de antes, aprovechándole en utilidad propia y en daño del Estado, la reina, el confesor, el presidente de Castilla y los allegados y servidores de estos, algunos de los cuales era mengua y escándalo entonces, y ahora causa bochorno y rubor tener que nombrar.

Pero el cuadro que ofrecia el palacio, la corte, y el gobierno de la España, si no halagüeño antes, lastimoso después de la caída de Oropesa, merece ser bosquejado aparte, por doloroso que sea al historiador amante de la honra y del decoro de su patria.

CAPITULO X

La corte y el gobierno de Carlos II

DE 1691 Á 1697

Influencias que quedaron rodeando al rey.—La reina y sus confidentes, la Berlips y el Cojo.—El conde de Baños y don Juan de Angulo.—Inmoralidad y degradacion.—Escandalosos nombramientos para los altos empleos.—La Junta Magna.—Debilidad del rey.—Busca el acierto y se confunde mas.—Lucha de rivalidades y envidias entre los palacios.—Privanza del duque de Montalto.—Peregrina division que hace del reino.—Monstruosa Junta de tenientes generales.—Medidas ruinosas de administracion.—Contribucion tiránica de sangre.—Resultados desastrosos de estas medidas.—Carenacia absoluta de recursos.—Suspension de todos los pagos.—Estado miserable de la monarquía.—Vigorosa representacion del cardenal Portocarrero al rey.—Célebre consulta de una Junta sobre abusos del poder inquisitorial.—Vislúmbrese el periodo de su decadencia.

Solo momentáneamente pudo el pueblo alegrarse de la caída de Oropesa, porque tardó muy poco en conocer que si la gobernacion del reino no habia estado bien en las manos desgraciadas de aquel ministro, las influencias que quedaron rodeando al monarca no solo no eran mas beneficiosas, sino mucho mas perniciosas y fatales. Orgullosa la reina con el triunfo de la salida de Oropesa, se contempló dueña absoluta y árbitra del rey y del gobierno. Y no era ya lo peor su carácter imperioso y violento, caprichoso y avaro, sino la gente ruin de que estaba rodeada y aconsejada, que por lo mismo tuvo influjo en la suerte del país, para desgracia del reino y mengua de este reinado.

Era una de sus confidentes la baronesa de Berlips, ó Perlips

(2) El autor de las *Memorias históricas* insertas en el Semanario Erudito hace una triste pintura de los escasos méritos y corta capacidad de algunos de estos nuevos consejeros, y cuenta lo que cada cual habia sido antes, y manejos á que debió el haber subido á tan alto puesto. Entre ellos los habia muy dignos, como el marqués de Villafraña, el de Burgomaine, y el mismo Ronquillo, no obstante ciertos defectos.